

LA NOVELA HISTÓRICA EN AL-ANDALUS: LA CASA DE LOS ABBAD, DE JOSÉ RUIZ MATA

MANUEL GAHETE JURADO
Académico Numerario

RESUMEN

En el ámbito de la novela, el subgénero histórico ha cobrado una dimensión desmesurada. Autores tan significados como Antonio Gala o Jesús Sánchez Adalid han situado algunas de sus obras más exitosas en el espacio y tiempo en que al-Ándalus gozaba de un relevante status de influencia y prestigio. Esta misma época servirá a José Ruiz Mata para adentrarnos, con su novela, en el utópico sueño de la felicidad.

PALABRAS CLAVE: Novela histórica. Al-Ándalus. José Ruiz Mata. *La Casa de los Abbad.*

ABSTRACT

Within the field of the novel, the historical genre has gained a huge dimension. Some meaningful authors such as Antonio Gala or Jesús Sánchez Adalid have circumscribed some of their most successful works in the area and time in which al-Ándalus experienced a relevant status of influence and prestige. This same period served to José Ruiz Mata to take a closer look, with his novel, at the utopic dream of happiness.

KEYWORDS: Historical novel. Al-Andalus. José Ruiz Mata. *The House of the Abbots.*

En el orden temporal que vivimos donde la ficción queda relegada por la gravedad de los asuntos que nos afectan más intensamente, la novela histórica ha cobrado una singular relevancia. Como acaece en estos periodos críticos de convulsión interna y trepidación universal, el ser humano opta inconscientemente por imbuirse de lleno en el centro de la llaga, combatiendo como puede la gravidez de las convenciones o bien se aparta de la realidad inventando un mundo onírico, exótico y hasta votivo que lo libere o exculpe de la inmediatez de un compromiso, por otro lado, inexcusable. No significa que el hecho de adoptar esta segunda pauta de conducta libre al creador de su responsabilidad como ciudadano ni tampoco del deber hacia el lector como receptor predilecto. A veces, a través de la evasión y la ironía, el sentir crítico es aún más

lancinante. Sea como fuere, nuestro autor, avezado en la narrativa y dotado de una poderosa intuición psicológica para desvelar el alma de los hombres, se enfrenta de nuevo en esta obra al complejo dilema de elucidar qué razón o razones mueven al ser humano.

José Ruiz Mata nació en el barrio de San Miguel de Jerez de la Frontera en 1954. En su currículo se dice que es un escritor –añadiré– prolífico que alterna la ficción narrativa con el ensayo literario e histórico. Su primera obra ficcional, *El Talud de Cristal* aparece en 1991 y, con más o menos breves espacios temporales, la han seguido *El hombre que nos acompaña* (1993), *Semilla de Aloe* (1995), *La mano que aprieta* (1999), todas en la editorial Calambur; y *El muro* (2006), *Indeciso abril* (2008), *Ésdelis. El guardián del fuego* (2010), *El gnomon y el péndulo* (2011) y *La casa de los Abbad* (2013), estas últimas en la editorial granadina Alhulia.

Entre sus estudios y ensayos, literarios e históricos, debemos reseñar *Mil años de libros y escritores en Jerez de la Frontera (1000-1999)* (Ayuntamiento de Jerez, 2001), *Guía de Jerez* (Digital Impresión, 2002), *Del color del cisne. Una reflexión sobre los cuentos* (Barataria, 2003), *Poesía andaluza viva I* (Barataria, 2004), *Tartessos otra mirada* (Almuzara, 2009), *Breve Historia de Jerez* (Tierra de Nadie, 2010), *Transición, democracia y mercados* (Tierra de Nadie, 2011), *El Flamenco, una identidad hibernada. De los Moriscos a la Zambomba de Jerez* (Tierra de Nadie, 2012), aparte de sus participaciones en diferentes publicaciones colectivas y la dirección de la revista de literatura *Tierra de Nadie* y sus anexos editoriales.

Como escritor prolífico que es, virtud más que pecado en mi humilde parecer, aunque deba enfrentarme con esto a los puristas, Ruiz Mata nos legaba no hace mucho *El gnomon y el péndulo*, una espléndida novela donde las emociones rezumaban como pústulas, extrayendo de la violencia una paradójica lección de ternura. Como la vida misma donde confluyen, palpitantes y concurrentes, lo sublime y lo deleznable.

La casa de los Abbad pertenece a la expansiva onda mediática que procura enseñar y divertir, secundando en el mejor sentido la reiterada sentencia clásica *prodesse et delectare*, instruir deleitando, *dulce et utile*, que tanto juego está dando en la didáctica de las últimas décadas. La novela histórica, de cualquier manera, y ustedes lo saben, no es una novedad de nuestra época. A nadie, meramente cuerdo, confunde la quimérica idea de creerse poseedor de la sublimada originalidad.

Fue el filósofo húngaro Georg Lukács, polifacético político, esteticista, crítico e historiador literario, quien definió con propiedad la novela histórica como la cosmovisión realista y costumbrista de un sistema de creencias y valores relacionados con una época histórica preferiblemente lejana, donde se narran hechos verídicos aunque los personajes principales sean inventados. Pero, como en la variedad está el gusto, es complejo demarcar con precisión los límites precisos entre la novela histórica, radicada en el siglo XIX como derivación del espíritu romántico, y la novela pseudohistórica del siglo XVIII, caudal de moralina; o la novela de aventuras, al modo de los Dumas, sobre todo las del celebrado padre; o la historia novelada en que los hechos históricos predominan palmariamente sobre los hechos inventados. Y si nos alejamos en la historia humana, ¿qué –sino historia mítica– son las epopeyas clásicas, *Ilíada*, *Odisea*, *Eneida*? ¿O en qué género podríamos encuadrar la obra cumbre de Chrétien de Troyes, secundado por Jean Bodel, ambos –por cierto– poetas, cuando este

acuña la recreada patente de la Materia de Bretaña? Realidad y leyenda que solo alcanza a consolidarse como género literario en el siglo XIX a través de la veintena de novelas del erudito escocés Walter Scott (1771-1832) sobre la Edad Media inglesa, propagador del romanticismo alemán en Inglaterra.

Nos guste o no, la novela histórica nace como expresión artística del nacionalismo de los románticos y de su nostalgia ante los cambios brutales en las costumbres y los valores que impone la transformación burguesa del mundo. Inconformistas y atrabiliarios, virtudes de las que carecemos en esta época, los autores románticos se refugian, como el quejumbroso Jorge Manrique, en el parecer de que cualquier tiempo pasado fue mejor; sin duda, error de quienes se refugian o evaden cuando no tienen fuerza o posibilidad para afrontar las dificultades del tiempo en que viven; lo que no significa que, en toda novela histórica, se plantee la crítica del presente, esa doble lectura que nos remite irremisiblemente de las causas del pasado a las secuelas de la época actual.

Un ejemplo claro y obra maestra del género es la obra de Alessandro Manzoni, *Los novios*, donde se narra la vida en Milán, bajo la tiránica dominación española durante el siglo XVIII, argumento que encubre una crítica de la dominación austríaca sobre la Italia de su época. *La casa de los Abbad* nos remite asimismo a los procelosos cambios de régimen del último siglo, esa capacidad de supervivencia del hombre, la capacidad de mutación de sus convicciones y sus credos por salvaguardar su status y proteger a su familia. El temor a perder los privilegios sume al hombre en un oscuro temor que lo fuerza a abjurar de sus creencias, conculcar sus valores y someterse a los más abyectos despropósitos con tal de mantenerse a flote. Es la historia cíclica del hombre: cambiar para que todo permanezca.

El Realismo siguió cultivando este género adaptado a las nuevas convenciones, y así la historia literaria nos ha legado obras como *Historia de dos ciudades* del británico Charles Dickens sobre la repercusión en Londres de la Revolución Francesa, o *Salambô* de Flaubert, evocando el poder de Cartago; o el titánico ciclo de Benito Pérez Galdós titulado *Episodios nacionales* que abarca prácticamente la historia española del siglo XIX. Cercanos a nuestra memoria resuenan los nombres de Robert Graves, Marguerite Yourcenar, Noah Gordon, Naguib Mahzfoz, Umberto Eco, Juan Eslava Galán y Arturo Pérez Reverte, a los que se unen grandes nombre de la novela histórica hispanoamericana: Alejo Carpentier, Manuel Mújica Láinez, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa o Isabel Allende.

Asunto obsesivo y monotemático del género ha sido la guerra civil, donde brilla Sender con luz propia, y la dictatorial posguerra franquista, cuya relación haría esta presentación interminable. No es desdeñable ni escaso el conjunto de novelas dedicadas a la guerra de Marruecos, entre las que sobresale *La forja de un rebelde* de Arturo Barea. Sobre el mestizaje de españoles e indios, Salvador de Madariaga nos ha legado el excepcional testimonio de *El corazón de piedra verde* (1942). Sobre la temática que nos ocupa, traemos a la memoria *El manuscrito carmesí* de Antonio Gala, *El juego de las aguas* de María Amor y Javier Martín Fernández y las originales aportaciones de Jesús Sánchez Adalid quien, desde *El mozárabe*, nos ofrece una visión realista de la historia de al-Ándalus en una ininterrumpida sucesión de títulos que, por su extensa documentación y sus sazonadas descripciones, nos transportan a la vida cotidiana de los cordobeses medievales en el controvertido estado de la triple convivencia.

Ciertamente la novela histórica exige un arduo esfuerzo de compilación documental que Ruiz Mata no elude para llevarnos a una de las épocas más interesantes y fecundas de nuestra historia, protagonizada por las luchas entre pueblos y culturas, tenso estado de convivencia que puso de manifiesto el esplendor de un pueblo venido de África y la fortaleza de los hispanos, sometidos sin sumisión a ocho siglos de reconquista, prácticamente la mitad de la historia conocida de aquella antigua Hispania.

Una historia que se inicia en el año 711, en que las tropas del califato omeya, compuestas por árabes y bereberes, cruzan el estrecho de Gibraltar dirigidos por Tariq, lugarteniente del gobernador del norte de África, Musa ibn Nusayr. Tariq se atrincheró en el peñón que recibiría después su nombre, Gibraltar, en espera de la llegada del grueso de sus tropas. Solo entonces iniciará el ataque con la toma de Cádiz para instalar más tarde su base de operaciones en Algeciras. En ese mismo año, Tariq vence a los visigodos en la batalla de Guadalete y, tras dar remate a lo que quedaba del ejército rival en Écija, emprende una rápida conquista del territorio. Hacia el 718, la Península ibérica, salvo las zonas montañosas del norte habitadas por vascones, cántabros y astures, estaba en manos del califato omeya. Desde 716, la Península fue dirigida desde Córdoba por un gobernador (o wali) nombrado por el califa de Damasco. En el territorio de al-Ándalus, los musulmanes respetaron a la población cristiana y judía, por pertenecer a las religiones abrahámicas, lo que los dotaba de cierto estatus, por el que, aunque no formaban parte de la comunidad islámica, quedaban protegidos, tenían sus jueces y conservaban sus ritos. Tan especiales circunstancias motivaron una política de pactos de capitulación donde muchos aristócratas visigodos pudieron conservar propiedades e incluso cierto grado de poder. Este hecho, unido a que una parte de la población viera con buenos ojos el nuevo poder musulmán que los libraba de la dura opresión que los visigodos habían ejercido contra ellos, podría explicar la rapidez de la conquista musulmana.

En el año 750, en Damasco, la familia de los abasíes desplaza a los omeyas del poder, matando a todos sus miembros excepto a Abd al-Rahman I y trasladan el poder a Bagdad. En 756, Abd al-Rahman huye a la Península ibérica y consigue que esta se separe de Bagdad, convirtiendo a Córdoba en emirato independiente. A comienzos del año 929, el emir Abd al-Rahman III proclama el califato de Córdoba y se nombra príncipe de los creyentes, lo que le otorga, además del terrenal, el poder espiritual sobre la comunidad religiosa. Así se convierte en el primer califa de la Península. Desde este momento, el alcance histórico, reconocimiento y adhesión del pueblo a los califas de al-Ándalus fue inmenso; sin embargo, la relación con los reinos vecinos fue tensa: hacia el sur se encontraba el califato fatimí en las fronteras cordobesas del norte de África; en el norte peninsular, los reinos cristianos que seguían con sus incursiones en territorio andalusí aprovechando cualquier debilidad del emirato cordobés, que pretendía mostrar, como fuera, su poder al mundo, para lo que ordena edificar en el año 936 la ciudad palatina de Medina Azahara donde se trasladó con su gobierno y la corte. Cuando llega al poder Al-Hakam II, el califato cordobés se encuentra consolidado tanto en el norte de la Península como en el Magreb occidental. A su muerte, Al-Hakam II dejó el trono cordobés a un muchacho de once años sin ninguna experiencia política llamado Hisham.

Incapaz de mantenerlo, el joven califa cede a la ambición desmesurada de Almanzor quien, mediante intrigas, obtiene el poder absoluto. Su ansia de conquista provocó la reacción de los reinos cristianos conformando una coalición contra al-Ándalus. A su muerte (1002), el gran imperio comenzó a resquebrajarse, desembocando

en los primeros reinos de Taifas hacia 1031. El florecimiento cultural de estas ciudades estado acabará con la llegada de los almorávides en 1085. La interpretación rigorista del Islam que pretenden imponer estos oriundos del Sáhara y su franca debilidad militar abocan a una segunda organización de Taifas hacia 1144 por un breve periodo, ya que en 1147 los almohades penetran en la península y toman el control de al-Ándalus. Derrotados en la batalla de las Navas de Tolosa (1212) se ven obligados a abandonar la península en 1269.

Este es el momento histórico de la novela, los últimos años de dominación almohade antes de la llegada de la expansión guerrera de Castilla y de las revueltas andalusíes que darían origen a las terceras Taifas en el oriente de Al-Ándalus previas al reino nazarí de Granada. Hacia el año 1231, Fernando III recorría batallando las principales ciudades del reino de León. En este delirio de reconquista, enviará a su hijo el infante Alfonso, que contaba nueve años de edad y se hallaba en Salamanca, a devastar los reinos musulmanes de Córdoba y Sevilla, acompañado por el magnate Álvaro Pérez de Castro el Castellano y el magnate Gil Manrique. Por la tierna edad del príncipe, algunos historiadores señalan que el infante Alfonso al que se refieren las crónicas de la época no fue el hijo de Fernando III el Santo, sino su hermano, el infante Alfonso de Molina, hijo del difunto Alfonso IX de León. Sea como fuere, el ejército conformado partirá de Salamanca –pasando por Toledo, donde se incorporarán cuarenta caballeros toledanos– hacia Andújar, y desde allí, se encaminará a devastar la tierra de Córdoba, el municipio cordobés de Palma del Río, el reino de Sevilla y Jerez de la Frontera, lugar donde instalarán un campamento en las cercanías del río Guadalete. El emir Ibn Hud, que había reunido un numeroso ejército dividido en siete cuerpos, se interpuso entre este ejército cristiano y la ciudad de Jerez de la Frontera, obligando a las tropas de Alfonso a combatir. Durante la batalla que se libró a continuación, conocida como la batalla de Jerez, el ejército de Alfonso derrotó a las tropas musulmanas, a pesar de la superioridad numérica de estos últimos.

Este escenario histórico es el trasunto de uno de los argumentos capitales, el más extenso sin duda, pero no el único para mostrarnos, en definitiva, los juegos de poder donde quedamos atrapados tantas veces, como el pájaro en la liga o el pez en el anzuelo. Esta arquitectura trabada entre historia y pensamiento aparece tachonada por un ejercicio de reconstrucción costumbrista, colateral pero subyacente, marcando el ritmo de la historia, el propósito intelectual y el concepto formal que la define, razón que argumenta una de las tesis capitales de Ruiz Mata: la herencia cultural como soporte de un pueblo más allá de credos o gobernantes. Ese germen de vitalidad que procrea y genera nueva vida sobre la vida existente.

En primera persona central articula este relato fluctuante un habitante de Jerez de la segunda mitad del siglo XIII: «Mi nombre es Johan Abad, antes me conocían por Alí Abbad y, aunque siempre he querido mantenerme fiel a mis ideales y a mi conciencia, en el transcurso de mi larga vida las circunstancias y los intereses me han impuesto cambios ajenos a mi voluntad». El personaje da título al libro, su apellido concretamente, según atestigua Agustín Muñoz en su libro *Noticias históricas de las calles y plazas de Xerez de la Frontera*, donde se relaciona el nombre de la calle Abades con los hermanos Johan Abad y Ferran Abad, primeros pobladores en el reparto de casas de 1266 en la collación del Salvador y, en ningún caso a abad alguno, como ocurre en Córdoba, por cierto, donde hallamos la plaza Abades –o de los Abades–, que ha recibido distintas denominaciones a lo largo de la historia. En el siglo XIV, plaza del

Malcocinado; un siglo más tarde se conocía por la plaza de la Carnicería o de la Carnicería de Abades. Más tarde, plaza de Santa Clara; y ya en el siglo XIX, según atestigua Ramírez de Arellano, adopta el nombre por el que actualmente la conocemos.

Es justamente “un montón de hojas sueltas de pergamino amarradas en lo que debieron ser unas cintas”, de cuidada y arcaica caligrafía, aparecidas por azar en el interior de una casa de esta calle, la que genera el arranque y estructura el argumento de la novela sobre dos secuencias narrativas, tres según la opinión de Saulo Ruiz, hijo del autor, que de esto debe saber lo suyo. Además del ramal historicista, aplicado a la narración, Saulo advierte dos vertientes superpuestas y simultáneas: la de un narrador que relata la historia, su propia vida en el presente, alumbrado por un superego que filosofa sobre la consistencia de las convicciones humanas y, en particular, sobre el concepto de blasfemia, anáfora prosódica que se repite a modo de estribillo de un poema extenso necesitado de entramarse. El desdoblamiento virtual de un agonista que yuxtapone acción y pensamiento, omnisciencia y periferia bajo un doble prisma: un arquitecto separado al que no parece interesarle nada más que él mismo, engolfado en una búsqueda desasosegada que lo lleva a reencontrarse con una familia deshecha; una relación que pretende recobrar con la misma pasión desaforada que acomete para restaurar la demolida casa de los Abbad. La identificación entre presente y pasado, en un engranaje que nos transmite el valor simbólico de que somos lo que construimos y lo que no dejamos que nos arrebatan, diferencia esta novela de otras con similares planteamientos, como pudiera ocurrir con *El manuscrito carmesí* de Gala o *Las máscaras del héroe* de Juan Manuel de Prada. La estrategia literaria que iniciara en su día Fernando de Rojas pretendiendo justificar su atrevimiento para escribir tan heterodoxa tragicomedia, conocida como *La Celestina*, por haber hallado el primer acto ya escrito, alcanza esta obra de Ruiz Mata, en el fiel convencimiento de que solo desde la tradición puede innovarse, como ciertamente ocurre en *La casa de los Abbad*, donde la reedificación de una casa no es más que la excusa para explicar el verdadero sentido de la novela: el incesante anhelo del ser humano en busca de la felicidad.